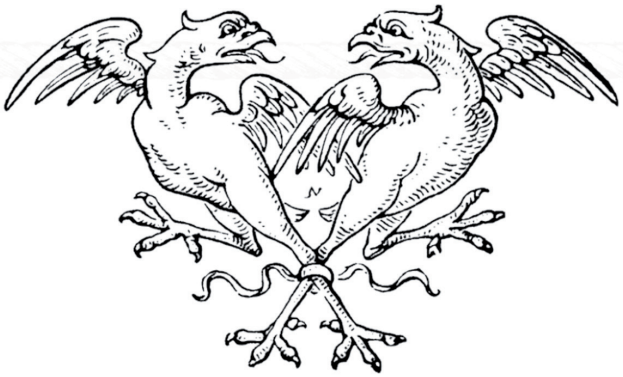
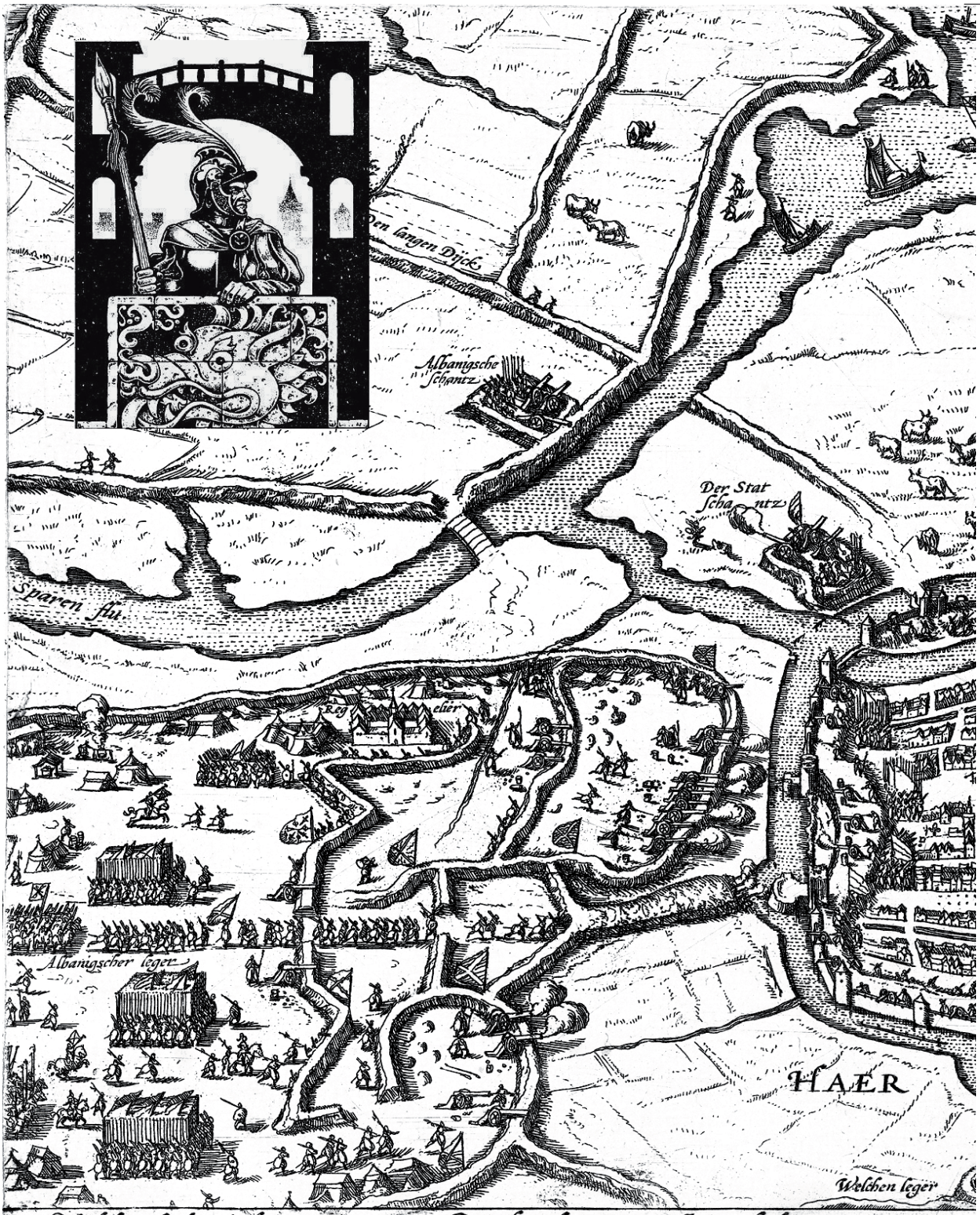
EL ASEDIO

DE HAARLEM



Héctor J. Castro



10. Nachdem Harlem ein lange zeit
Erlitten hatt viel großer streit
Ist es von puluer worden blois,
Auch der hunger worden vber groiß.

Drumb es der Princs zu speisen dachtt
Durch den von Batenburch in der nachtt
Es ist im aber nitt gelungen,
Dan er zum weichen ward gezwungen

Anno Dni. M.
LXXIII. XIII.

Da der von Batenburch ist gepleben,
Mitt andern, so auch verlorn ir leben.
M.D. Drumb die von Harlem iüng vnd alt.
XIII. July. Ergaben sich ins feinds gwalt

Mitt zusag aller gunst vnd gnad
Die innen der feind erzeigett hätt
Mitt hangen vnd kopfen viel frummer knecht
Wider alle kriegs ordnung vnd recht

A mi familia, por enseñarme el Secreto del Acero.

Prólogo
17 de Mayo de 1572

Cuatro jinetes encapuchados avanzaban bajo una lluvia torrencial hacia el castillo de Rustenburg, guiados por los relámpagos que iluminaban sus macizas torres, y las recortaban en negro sobre púrpura. El último trecho de aquel tortuoso sendero embarrado les llevó a la puerta protegida por foso y rastrillo; entonces el jinete que iba en cabeza descabalgó e hizo sonar la campana de bronce para anunciar su llegada. El somnoliento vicario se asomó por una portezuela con un farolillo en la mano, renegando del frío, la lluvia y todas sus desgracias, y preguntó a los jinetes quiénes eran y cuál era el motivo de su visita.

—¡Señor, por piedad! —dijo el que había tocado la campana—. Somos frailes de San Francisco. Pedimos a vuestro castellano que nos acoja esta noche, pues no tenemos posada alguna.

Retiróse el vicario y durante unos minutos los cuatro hombres aguardaron junto a sus caballos bajo la fuerte lluvia, que repicaba contra las piedras de la muralla. Varios destellos de luz fueron seguidos por una sonora tronada. Al fin, el rastrillo fue subido y se les permitió la entrada, y el ulular del viento dejó paso al apagado eco de los corredores del castillo. Los frailes siguieron al vicario hasta la estancia donde el castellano de Rustenburg, el barón Ravenstin, les recibiría.

En un lujoso salón caldeado por una enorme chimenea el barón les dio la bienvenida, teniendo más piedad que cuidado de lo que podía suceder. Y acercándose los frailes a saludarle mientras comía junto a su mujer, uno de ellos sacó una pistola de bajo el empapado hábito y se la puso en el pecho.

—Barón de Ravenstin —dijo aquel hombre quitándose la capucha, descubriendo un pálido rostro retraído, de huesos prominentes y marcados—. El príncipe Guillermo de Orange os manda saludos y reclama vuestro juramento de obediencia, así como disponer de vuestro castillo.

Aquellas palabras fueron apostilladas por una sonrisa cruel, la cual certificó la maldad que ya insinuaban sus ojos azules.

Los otros tres frailes, que ya no eran frailes sino que se habían despojado de los hábitos y empuñaban espadas, se desperdigaron por el salón apresando a los sorprendidos criados y a los guardias valones que entregaron sus armas sin rechistar.

—¡Esto es traición! —gritó furioso el barón—. No conozco otro señor que el rey de España. Y vuestro jefe, ése al que llamáis príncipe, no es más que un pirata.

Casi no había terminado de hablar cuando el falso fraile le disparó a bocajarro, matándolo en el acto. Su esposa gritó desesperada y en un arrebato de ira cargó contra el asesino de su marido. Éste la esquivó y sacando su espada atravesó a la mujer de una certera estocada.

Tomando las llaves del vicario abrieron las puertas y por ellas entraron en tropel medio centenar de hombres que aguardaban fuera del castillo, apoderándose de él. En un santiamén la casa del barón de Ravenstin fue puesta a saco: las puertas rotas y abiertas a hachazos, los tapices y cortinas de brocado arrancadas, los armarios volcados por el suelo... Gritos y súpli-

cas de los criados, que eran torturados para que confesaran el paradero de los objetos más valiosos, retumbaban con eco por los pasillos.

En medio del caos, el capitán Philippe Boidet limpió la hoja de su espada en el vestido de la mujer muerta, acercó un sillón a la chimenea y se sentó junto al crepitante fuego, indiferente a la violencia que lo rodeaba, agradeciendo para sí el calor de las llamas que le quitaba la humedad de los huesos tras la cabalgada bajo la lluvia. Extrajo del interior de sus ropas un camafeo dorado y, distraído, comenzó a juguetear con él entre sus dedos. Si todo salía según lo previsto, esa misma noche Luis de Nassau, hermano de Guillermo y otro de los líderes rebeldes, marcharía al frente de su ejército con el propósito de ocupar la ciudad de Mons, iniciando así la invasión de los Países Bajos desde el sur.

La segunda revuelta para derrocar a la corona española en Flandes había comenzado.

PRIMERA PARTE

I
2 de Diciembre

Un sol indeciso, invernal, iluminaba débilmente aquella fría mañana en la que la guarnición de Muiden se rindió a las tropas españolas. Lejos, hacia el este, aún se apreciaban las columnas de humo que salían de la ciudad de Naardem, enclave rebelde conquistado por las tropas Realistas el día anterior.

Se había reavivado la guerra en Flandes entre el vasto Imperio Español y las provincias flamencas declaradas en rebelión, que luchaban para ser independientes y liberarse del yugo de los Habsburgo y de su rígido catolicismo romano, o eso decían. Las regiones de los Países Bajos, herencia dejada a su hijo por el emperador Carlos, eran el tablero lluvioso y gris donde se jugaba la partida que decidiría el futuro de Europa, la cual volvió a erizarse de pánico y ambición.

Separados en dos bandos irreconciliables, por un lado estaban los Estados católicos del sur fieles al gobierno de Felipe II, y por otro las provincias insurrectas de Holanda y Zelanda, bastiones de la ola reformista que se imponía en el norte bajo la dirección del estatúder Guillermo de Orange. A lo largo del año el rey Felipe envió cartas a las principales ciudades sublevadas conminándoles a volver a la obediencia, pero los rebeldes, apoyados por sus aliados ingleses, escoceses, hugonotes franceses

y alemanes luteranos, apelaron a su derecho de elegir soberano, rompiendo definitivamente con la autoridad Real. Había ya demasiados nobles nativos o extranjeros, burgueses enriquecidos y jerarcas eclesiásticos pescando en río revuelto; y las voces conciliadoras eran acalladas bajo los gritos de guerra. Una guerra de asedios y trincheras, crueles asaltos y despiadados saqueos. Guerra de religión convertida en guerra civil que involucró de una manera u otra a casi todo el continente.

Martín de la Vega era soldado de los Tercios de infantería española y se encontraba allí, sirviendo bajo las banderas del ejército de Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, capitán general de las tropas del rey católico Felipe II en Flandes. Martín había llegado a los Países Bajos en el año sesenta y ocho del siglo para sofocar la primera rebelión, y llevaba allí desde entonces, tras inaugurar el famoso camino español que unía la península ibérica con las provincias rebeldes: un recorrido que, sujeto a pequeñas variaciones, seguirían usando los soldados del rey hasta la mitad del siglo siguiente.

Primero, un barco los llevaba desde el puerto de Cartagena al de Génova —la ruta por mar de Bilbao a Amberes estaba amenazada por los corsarios holandeses—, y después debían completar una larga marcha a pie de seis semanas que atravesaba Lombardía, Saboya, el Franco Condado, Lorena, Alsacia y Luxemburgo hasta llegar a los Países Bajos. Mantener tal itinerario practicable para que los ejércitos de refresco llegasen puntuales a la zona de guerra suponía un esfuerzo diplomático enorme para la corte española. La rápida comunicación entre Madrid, Milán y Bruselas, que eran los puntos clave para la corona, era vital. Sólo así podía sostenerse la maquinaria mili-

tar necesaria para la costosa guerra en Flandes, que ya parecía volverse interminable, y cuyo titánico coste logístico era sufragado con la ingente cantidad de plata que la flota de Indias llevaba anualmente a la península.

De la primera revuelta habían pasado casi cinco años. En ella, el duque de Alba se había ganado a pulso el sobrenombre de *El Duque de Hierro* y fomentado una prolija leyenda negra alrededor de su persona. Tan temido era en los Países Bajos que la gente utilizaba su nombre para asustar a los niños que desobedecían o tardaban en irse a la cama.

Alba era un militar temido y de gran reputación. Partidario de la solución militar. Odiado por muchos y envidiado por casi todos. En una brillante campaña militar logró vencer sin paliativos al ejército holandés en la batalla de Jemmingen, y, una vez derrotadas las tropas protestantes, dirigió una represión en la que cientos de flamencos acusados de traición a la corona fueron ejecutados y otros miles tuvieron que exiliarse. Se puso también a la cabeza del conocido Tribunal de los Tumultos, institución que llevaba cuenta de todos los habitantes, uno por uno y casa por casa, para luego pasar factura a la gente enemiga de Dios, de poca fe o de religiosidad poco probada, sectarios de Lutero o de Calvino. Porque «*dominus virtutem populo suo dabid: dominus benedicet populo suo pace*», afirmaban los tridentinos.

Tales circunstancias y la durísima mano con la que el duque gobernaba desde Bruselas, alimentaron durante cuatro años de relativa paz el germen de la insurrección, a la que no quedó más remedio que combatir nuevamente con la fuerza de las armas. Y pese a que en la corte los partidarios de un gobierno más moderado denunciaban la intransigencia de Alba, el rey Felipe

volvió a considerarlo como candidato ideal para combatir a las tropas rebeldes, ya que su capacidad militar nadie podía discutir ni igualar.

Cuando las banderas se alzaron de nuevo, Martín y sus antiguos camaradas sentaron plaza en el tercio de Lombardía, que junto a los otros Tercios viejos de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, todos de curtidos veteranos fogueados en Italia y la primera guerra en Holanda, formaban el nervio del poderoso ejército de los Austrias. A las tropas españolas se le sumaban regimientos alemanes, valones, irlandeses e italianos, conocidos como las *naciones*. Y diríase en aquel tiempo que nunca España había parecido tan poderosa, capaz de alistar a miles de hombres bajo su estandarte para defender el Santo Sacramento y el cetro de la supremacía continental.

Como cada vez que se enfrentaban en campo abierto contra los holandeses, las aguerridas huestes del duque salieron victoriosas y se lanzaron en una expedición de castigo contra las ciudades que habían apoyado a la familia de Orange-Nassau, paladines de la causa protestante.

Después de reconquistar Mons, villa tomada por el ejército rebelde al comienzo de la revuelta, las víctimas del duque fueron Malinas, Zutphen y Naardem, entregadas todas ellas a la furia de sus soldados que se cobraron con la guarnición y la población civil las penurias de la guerra. Esta política de terror pretendía enviar un mensaje ejemplarizante a las demás ciudades sublevadas, pero no hacía más que perjudicar la imagen ya de por sí deteriorada del duque de Alba y aumentar las quejas de la mayoría de la población ante la presencia española. Martín estaba de pie, apoyado en el caño de su arcabuz y envuelto

en su capa para protegerse del frío que cortaba el aliento. Entornando los ojos para atravesar la luz que se filtraba por las nubes que surcaban el cielo, echó un vistazo general al paisaje. La vanguardia del ejército formaba a lo largo de una llanura verde emblanquecida por el aguanieve nocturno y surcada por canales, casi todos helados en esa época del año, que rodeaban la muralla tras la que se erigía la mole de piedra que era la fortaleza medieval de Muiden.

Un tercio de infantería española y otro de tropas alemanas católicas estaban escuadronados en medio del gran prado como un bosque de picas, con las banderas ondeando en el centro y las mangas de arcabuceros en el frente y los flancos, rodeando la formación. Brillaban al sol moharras, coseletes y morriones. Tambores y cornetas acompañaban a los gallardos capitanes, y los sargentos paseaban de un lado a otro con sus lucidas bandas rojas cruzándoles el pecho y las alabardas distintivas de su rango apoyadas al hombro, asegurándose de que cada hombre estaba en su sitio. Más allá, sobre un angosto dique que cruzaba una zona pantanosa, llegaban escoltados por lanzas de caballería el tren de artillería y los carromatos de bastimentos.

Ningún ejército había estado tan bien equipado y tan disciplinado en la Historia, y, en opinión del cronista francés Brantôme, ninguno había desfilado tan elegante: «*Parecían todos príncipes y capitanes*», escribiría después de ver a las tropas del duque cruzando el Rin, mismo río que atravesó Julio César siglos atrás para conquistar la gloria inmortal en las Galias. La verdad es que daba gusto verlo, todo en perfecto orden para impresionar al enemigo; aunque ya debían estar más que impresionados para haberse rendido sin combatir tras saber lo ocurrido en Naardem.

Cerca del puente que salvaba el foso helado del castillo, entre una iglesia y un pequeño grupo de casas abandonadas, se encaminaba a lomos de un caballo gris el maestre de campo don Hernando de Toledo, revestido de una repujada armadura milanesa, acompañado de su escolta de alabarderos, varios oficiales y el estandarte del aspa roja de San Andrés, para aceptar ceremonialmente la rendición del holandés al mando.

La escuadra del capitán Francisco de Vargas —a la que Martín pertenecía— se encontraba un poco más adelantada, pegada a un bosquecillo que rodeaba el camino que unía la pequeña villa de Muiden con Ámsterdam, por el que ahora discurría una caravana de carros tirados por mulas, conducidos por civiles harapientos que abandonaban sus hogares.

Los de Vargas tenían orden de vigilar ese camino, así que allí estaban una treintena de imponentes soldados vestidos de punta en blanco, con sus barbas, largas capas de paño, coletos gruesos de ante o cuero, calzas acuchilladas y adornadas con lazos y cintas, morriones o sombreros con vistosas plumas, espadas y dagas al cinto y arcabuces o mosquetes al hombro, viendo cómo toda esa gente se marchaba de allí sin ni siquiera levantar la cabeza, temerosos de mirar a la cara a los extranjeros morenos y feroces que ocupaban su tierra.

Los españoles no le quitaban ojo a un pequeño grupo de holandeses que se encontraba tras el camino de tierra, el cual esperaba a que terminara de pasar la caravana de civiles para escoltarla. Al haberse rendido sin disparar un solo tiro, a la guarnición holandesa de la fortaleza se le había permitido marcharse con todos los honores: en formación y con las banderas desplegadas. Pero aun así, por protocolo y respeto al vencedor, todos los holandeses debían estar destocados en presencia de

oficiales españoles. En medio de los rebeldes había uno que no lo estaba, luciendo un lustroso chambergo que atraía todas las miradas de los arcabuceros del capitán Vargas, quienes murmuraban entre sí. Pronto comenzaron las voces de desaprobación, seguidas de amenazas y algún insulto. Y hasta tal punto se estaban encendiendo los ánimos que el sargento Román Galeas, que era un hombre muy diplomático y además conocía la lengua flamenca, se acercó a conferenciar con el enemigo. —Dice que no se lo quita, y que si a alguien le molesta puede ir a discutirlo con él.

Los soldados españoles miraron incrédulos a su sargento, que ya estaba de vuelta.

—¿Cómo que no se lo quita? —preguntó alguien.

—Pues que no —Galeas se encogió de hombros como si la cosa no fuera con él, luego añadió—: Asegura que sus dos hermanos fueron asesinados hace un mes en el asalto a la ciudadela de Zutphen. Según él los degollaron cuando ya habían tirado las armas para pedir cuartel, y sería una deshonra para su familia retirarse hoy sin combatir al español.

Por toda la compañía se oyeron blasfemias y votos a tal. Martín suspiró hondo mientras miraba fijamente al holandés, el cual seguía de pie entre sus compañeros con los brazos cruzados al pecho, vestido con una ropilla ocre de largos faldones hasta las corvas y en la cabeza el dichoso chapeo con pluma amarilla, motivador del percance.

—Por mí como si violaron a la madre que lo parió —dijo—. O se quita el sombrero como todo el mundo, o se lo quito yo.

Sonrieron algunos españoles, aumentando el murmullo y dándose con el codo entre ellos, percatándose de lo que estaba a punto de venir. Todos allí conocían a Martín y su habilidad

con la espada, y a ninguno le parecía mal asistir a la lección de modales que obviamente aquel holandés necesitaba.

—Podríamos arreglar un duelo si es necesario —sugirió el sargento Galeas rascándose la barbilla.

—Por supuesto que lo es.

Martín no parecía ceder, y el descaro con el que aquel soldado holandés se negaba a destocarse comenzaba a tornarse en algo personal.

—A ver qué dice el capitán...

Por suerte o desgracia de los presentes, don Francisco de Vargas, capitán de la compañía y hombre de poca paciencia y mucho genio, no sólo estaba de acuerdo en darle un escarmiento al gallito flamenco, sino que decía con mucha bravura que a pesar de tener su brazo diestro en cabestrillo –una herida de bala recibida unos días antes–, él mismo se batiría con la mano zurda si fuera menester, en caso de que ningún otro se prestara.

Obviamente Martín fue el primero en proponerse como candidato, animado por el resto de su escuadra. Y el capitán, además de dar su beneplácito con una sonrisa en la boca, se ofreció como testigo para que el desafío estuviese dentro de las normas de la decencia y la hidalguía. Así que sin darle más vueltas, cuatro españoles cruzaron el camino y fueron derechos hacia los holandeses.

Allí estaban, al lado de un puente bajo el que discurría un riachuelo del que se oía el tímido rumor de sus aguas, en una zona llana entre la orilla y el bosquecillo que se elevaba en pendiente, lugar discreto y perfecto para la ocasión. Además del capitán Vargas y el sargento Galeas, se encontraba allí otro veterano soldado que por antigua amistad con Martín había solicitado estar presente por si algo se torcía. Su nombre era Afonso

Duarte de Amorín, aunque todo el mundo lo conocía como *el portugués*. Su apariencia imponía, pues era muy corpulento, y el pelo rapado en contraste con su barba espesa y negra como la pez le daba un aspecto temible. Sus manos descansaban sobre la empuñadura de su montante —un espadón de vara y media de largo, útil para desjarretar caballos, desmontar jinetes o destrozar armaduras—, cuya punta se hundía en la nieve del suelo, entre sus zapatos de piel de vaca.

El grupo de holandeses también lo componían otros cuatro hombres, y hablaban entre ellos a una veintena de pasos de distancia.

Martín apoyó el arcabuz en el tronco de un árbol. Se quitó con parsimonia la gruesa capa y el sombrero, y, tras darles unos suaves manotazos para sacudir la nieve, los colgó de una rama rota junto a la bandolera con los doce apóstoles. Quedóse así con el coleto abrochado sobre la camisa, que bien ajustado al torso remarcaba su flaca figura. Se echó el pelo castaño hacia atrás con la mano, despejando su frente que coronaba una faz atezada pero bien parecida, de afiladas facciones acentuadas por el bigote y la perilla, también oscuros como sus ojos. Por costumbre solía fruncir el ceño, lo que le daba a su rostro una expresión vigilante. Ese gesto, junto a una sonrisa ladeada que alzaba levemente la comisura izquierda de sus labios en una mueca gatuna y peligrosa, eran sus señas más características.

Se remangó y sacó la tizona, que siseó metálica al salir de la vaina. La miró y dio dos mandobles a derecha e izquierda, haciendo zumbar el aire.

El holandés hizo lo mismo y se acercó; entonces el sol apareció entre dos nubes como si no quisiera perderse el duelo y sus rayos iluminaron vivamente las espadas de ambos, así

como el acero del morrión y la alabarda del sargento Galeas.

Por primera vez, los contrincantes se miraron a los ojos a muy poca distancia. Iban a batirse a muerte sin haber cruzado ni una sola palabra, y sin ni siquiera saber el nombre de quién tenían enfrente.

Cualquiera podía distinguir a simple vista que aunque los dos se parecían —tendrían la misma edad y eran soldados de infantería de sus respectivos ejércitos—, la diferencia en su condición estaba clara. El holandés era algo más alto y rubio, gallardo y con ropas que parecían recién compradas aquella misma mañana. Contrastaba vivamente con la estampa que mostraba Martín: la de un lobo peligroso envuelto en ropas de campaña, de carne de cañón, con el coleto de cuero bien engrasado repleto de marcas y arañazos, los gregüescos de tres cuartas llenos de zurcidos y las botas borceguíes salpicadas de barro de las largas caminatas. Como nota pintoresca llevaba dos pequeñas cruces de plata que pendían a la altura de sus tobillos, creando brillos caprichosos cuando Martín se movía. «Para que el diablo no pueda seguir mis pasos y encontrarme», decía. Una más entre las miles de supersticiones que podían encontrarse en el ejército católico.

Más allá del aspecto, que al fin y al cabo era lo de menos, era en las maneras y en la mirada donde al holandés se le adivinaba un pasado fino y acomodado, y podía leerse en su rostro que no llevaba media vida lejos de su hogar, peleando por su pellejo y por una vieja bandera que representaba de algún modo la reputación individual de cada uno.

El joven flamenco también pareció darse cuenta de todo aquello, pero las espadas estaban desnudas fuera de sus vainas y ya no había vuelta atrás.

THIRD GUY '17